

JUAN ANTONIO  
MASOLIVER RÓDENAS

LA PLENITUD  
DEL VACÍO

BARCELONA 2022



A C A N T I L A D O

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.  
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2022 by Juan Antonio Masoliver Ródenas  
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-18370-77-9  
DEPÓSITO LEGAL: B. 160-2022

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2022*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Sònia  
más que nunca.*



Ahora lloro  
porque suelo llorar en mis poemas.  
Pero no hay razón alguna  
para el llanto.  
Amaban las ancianas a sus muertos,  
solas, en habitaciones  
donde se consumieron los años.  
Lloraban los amantes  
sin amor.  
Y los caballos. Y las vacas.  
Una profusión de llanto.  
Y yo, con los lagrimales secos,  
buscaba una razón  
para llorar  
y la encontraba siempre  
en mis poemas.

Todas ellas son mujeres sin nombre.  
Venían de las playas del verano  
ajenas al tiempo y condenadas  
a sus cuerpos, que no voy a enumerar  
pero recuerdo. Reían. Hablaban.  
Se miraban los pechos. Exhibían  
la falacia del deseo. Rechazaban  
la crueldad de los inviernos,  
la ignominia de tanta hoja  
podrida en el jardín  
como se pudrían, con aroma,  
las frutas del verano.  
Son muchas, tantas las mujeres  
que piensan en el sexo,  
que sueñan escaleras llenas de ojos,  
que se lamen los lóbulos  
a falta de otro amor.  
He visto a las mujeres  
huyendo de los conventos,  
orgullosas de llamarse Rita,  
Asunción, Diamela la más audaz,  
y he visto carros de heno  
con un bullicio dentro.  
La llamo por su nombre  
lentamente. Y me escucha.

Amo  
a un amor que no conozco.  
Vivo  
en un pozo sin luz.  
Soy  
un alma vacía  
y un pésimo poeta.  
Y no puedo ser otro.  
Amo  
a una triste falacia.  
Adonis  
calvo ante el espejo,  
desnudo,  
con los lagrimales vacíos.  
Soy  
todo lo que he dejado de ser.  
Dibujaba  
corazones de barro.  
Y cuando aprendí a amar  
no había nadie.

La sombra de una mano en la arena  
escribiendo un poema de amor.  
Llega la luz  
e ilumina la noche.

La última vez que te vi  
fue en el acantilado de las ortigas,  
rota, abandonada, secos  
los lagrimales y aquel vello  
que fue rocío. Y labios  
a punto de decirme  
lo que ahora trato de escuchar  
como se escucha el silencio  
de lo que fue. Destrozada  
como una muñeca en el armario  
de la infancia. Y yo descendo  
al precipicio, a todo su vacío,  
al abrazo sin brazos.  
Y veo el mar que se esparce  
en la plenitud de lo nunca amado.

Hoy he visto los límites de un cielo  
resquebrajado, roto, añicos  
en la luz del alba. Cielo  
sin ángeles. Sin amor.  
Sin palabras.  
En lo más oscuro  
de la soledad, una puerta,  
una mesa llena de evangelios.  
Y en el centro de las manos,  
sangrando, el Hacedor,  
el que llenó de luz, de nubes,  
de aguaceros y estrellas  
el universo. El amado  
y el escupido  
el día del calvario.  
Y era mi cielo  
en los ojos de la infancia,  
el de las brujas con la escoba  
en lo más sucio de las entrepiernas.  
Y también el cielo  
que como un pezón sacia mi boca  
de sueños y amapolas encendidas  
al terminar el día.

El último día del amor  
termina como empezó el primero,  
con un espejo lleno de engaños,  
como un río de sirenas que naufragan  
en la lejanía de lo que no conocen.  
No hay último día: hay una eternidad  
engañosa, hecha de tiempo vacío  
que lleno o que llenamos de palabras  
sin más sentido  
que el que inventamos.  
Los clavos de la madera  
oxidados por el tiempo.  
Dimas y el apestado  
por las falsas palabras  
del cronista de Dios.  
Y en los muslos una flor  
marchita, como lo son  
todas las promesas de amor  
eterno.

Antes de que nacieran  
reyes y emperadores.  
Antes de que la primera piedra  
matase al primer inocente.  
Antes de que el Gólgota  
se tiñera de sangre.  
Antes de que el mar  
lamiera esta costa.  
Antes de ser feliz  
el día de la manzana,  
de que el amor de las hijas  
y sus padres  
llenaran la tierra  
de dolorosa felicidad.  
Antes del pecado  
y sus muchos castigos.  
Mucho antes de todo  
estabas tú,  
y estamos tú y yo  
antes de mi aciago regreso  
al vacío.

He llamado insistentemente  
a una puerta  
en la que no vivía nadie  
pero donde viví yo  
antes de esta otra vida  
donde todo es presente  
y sin engaños.  
Llamo como quien busca  
una lápida que ha olvidado  
y cree que la hierba  
que crece  
tan ajena a la muerte  
es la vida  
del que está muerto.  
Puertas. Lápidas. Añicos  
de un corazón, de una memoria  
que como polvo o ceniza  
el viento mueve, esparce  
y desordena.

*A Andrés Sánchez Robayna,  
poeta del espíritu de la materia.*

Poetas de la esencia  
que afirman la vida.  
Poetas de la vida  
que niegan la esencia.  
El que vivió en Londres  
y ahora pasea en verano  
con un paraguas negro  
comprado en Smith and Sons  
apenas sale de casa  
para seguir siendo inglés.  
El niño de entonces  
con un flabiol en la boca  
intentando inventar una patria.  
Escribieron en latín  
—no nosotros, hijos de la ignorancia—  
antes de hacerlo en provenzal  
o en el catalán de J. V. Foix,  
para llegar a la esencia luminosa  
de la poesía de Sánchez Robayna.  
Y entonces, en una noche  
sin amanecer, en la pesadilla  
de las palabras que invento  
con la osadía de los poetas audaces,  
decido escribir  
lo que pasa en la calle:  
la carroza de los muertos,  
de los que lloran el fin  
de la poesía de la esencia

y que, con la soga en la mano,  
buscan el árbol más doloroso  
del invierno.

Somos pasajeros de un tren sin destino.  
Se van sucediendo paisajes  
que nunca serán nuestros.  
Sueños que desvanece la velocidad.  
Prados de Sussex  
donde las madres paren  
niños como los que ahora  
entran en el colegio.  
Mujeres dando el pecho.  
Muchachas tomando el sol  
con los pechos al aire.  
Catástrofes. Campos de sangre  
y aullidos de los muertos en la muerte.  
Espejismos. Una mano lejana  
que acaricia nuestro rostro.  
Y luego la oscuridad de un túnel  
espesa como barro  
hasta llegar al vacío  
del que nunca saldremos,  
como quien cae a un pozo  
sin fondo.

Esto es lo que he visto:  
palabras que al salir de la boca  
se transformaban en palomas  
de cuyos picos llovían flores  
que caían sobre tu cuerpo  
para llenarlo de júbilo.

Este cuadro inoportuno  
de la mujer bajando la escalera  
que conduce a la muerte.  
La mujer se acaricia los pechos  
en la lascivia del espejo.  
El niño lame los pezones  
a su hermana.  
La mujer da luz a un hijo ciego.  
Y Dios, al que tanto quise,  
está rodeado de ángeles desnudos  
con el sexo cubierto  
de una nube de vello oscuro  
o rubio según el color de los ojos.  
Y ahora la mujer sube la escalera  
como quien regresa a la vida  
y escupe mi vientre,  
y maldice a mi madre  
que está arando en el cementerio  
en espera de la resurrección.  
Me hundo en el sopor  
de lo desconocido.  
Repudio a los pintores de espejismos.  
Y el alma se llena de amapolas  
muertas.

He sufrido la muerte  
de tantos muertos anteriores a mí.  
Juntos sufrimos la vida,  
la negamos, y nos dolió  
perderla tan anónimamente.  
Éramos héroes orinando  
en un balcón de la calle Muntaner.  
Éramos cuerpos desesperados  
en la desesperación de lo inalcanzable.  
Él cantó ojos y cabelleras  
y senos y pubis que jamás conoció  
y fue infeliz en su canto.  
Nosotros ni siquiera dejamos palabras  
que pudieran recordar la hierba seca  
en la que orinan los peces. Moríamos  
juntos, y cada uno recordaba  
la muerte del otro. Creíamos  
que era un espejo tanta muerte  
—no los nombro, no puedo—  
y al abrir la memoria  
de los sueños estabas tú  
huyendo de nosotros como huye  
la víbora del árbol de la ciencia.  
Vamos a pasear por nuestras lápidas.  
Vamos a llorar por tantos vivos.

Jugaban mis padres en el jardín.  
Las mariposas agonizaban en las flores.  
Dormía la calandria en las ramas  
de la primavera.  
Las paredes de cal del verano  
se pueblan de recuerdos  
entre insectos y lagartos.  
Estoy desnudo en el centro  
de la plaza de las mujeres  
ancianas pidiendo la absolución.  
Duermo en el vello de los muslos,  
beso los pétalos del esfínter,  
peco en nombre de la plenitud,  
de la ebriedad marítima. Huyo  
de las palabras que me acechan,  
de las manos que escriben,  
de los pies en el mármol y las luces  
en el horizonte del mar.  
Reclino la cabeza en tu pecho,  
busco tus manos en mis pezones.  
Soy. Camino por las calles  
sin bombillas y les pido a mis pies,  
les suplico en el llanto  
que dejen de abandonarme.  
Soy lo que fui,  
lo que nunca dejaré de ser,  
como aquella cruz en el horizonte  
donde agonizaba el hijo de Dios.